

pero aún viven puesto que gimen. ¿Oyes su inmensa queja? Sigue ese gran camino que está a tu frente: es el camino del Destino. Abismos, pedregales y pantanos obstruirán tu paso: sálvalos todos. No mires, a tu lado, ni flores, ni grutas, ni fuentes. No temas a las fieras que braman hambrientas. No contemples la belleza del cielo ni te arredre su cólera. Mira frente a tí y camina sin acortar tu paso. Escucha.... Parece que la tierra entera sopla y gime. Vé, llega y salva a las almas sufrientes de tu país."

Sobre la gran ruta del Destino, el Soldado avanza. Un viento glacial que atormenta la llanura y ruga con acento de infortunio, penetra su honda hasta los huesos del Soldado que ha caminado mucho, muchos días.... La injuria del viento helado le raja el rostro, las fieras hambrientas lo acosan, pero sigue sin detenerse ni ante el frío ni ante las fieras, como tampoco ante un arbusto florido, una fuente de agua clara o una mutación de las nubes. De pronto, entre la ruda maleza que borda el camino, surge una figura siniestra, fatídica, se acerca al soldado por la espalda y le dice al oído: "Tiembas. *Estás descorazonado*.—No—contesta el soldado—tiemblo de frío, pero no estoy descorazonado."

El soldado avanza. Pasan los días, pasan los meses y el soldado se reconforta con el recuerdo de sus estériles fatigas en el pasado y la esperanza de su gloria en el futuro. Ya no rugen ni el viento ni las fieras, pero a su paso, a cada instante, sobre la gran llanura desolada, los reptiles lo amagan y alguna vez, fuerte aún, su talón los aplasta con fiero gesto. Los rayos de un sol tórrido calcinan su cabeza y sus espaldas, el sudor brota por todos los poros de su cuerpo, abiertos por la fatiga y una temperatura de marmita infernal. La diabólica forma se acerca al soldado y le dice con voz fuerte, sobre su hombro: "Antes de que llegues, habrá brotado

de tu cuerpo la última gota de sudor, la última de tu sangre. *Estás descorazonado*."

No—contesta el soldado—creo que no estoy descorazonado.

El soldado prosigue su ruta. Han pasado los días, los meses y los años y siente vacía la cabeza, vacías las venas, el corazón vacío. Las fieras y los reptiles han huído, pero una noche sin luna y sin estrellas, negra, lúgubre, espantosa, pesa sobre el campo con una atmósfera de plomo. El trueno estalla por intervalos casi sin discontinuar. Los árboles, cuyo follaje se estremeció al más ligero soplo, cual si presintiera el cataclismo, aparecen en el resplandor azulado de los relámpagos, inmóviles como enormes estacas clavadas en la tierra. La tormenta, con furor inaudito, vomita por sus mil bocas todas las injurias, todas las maldiciones, en su lengua atroz de fuego. De tarde en tarde, el soldado se detiene un instante para aspirar con menos pena, un aire espeso, cargado de emanaciones o porque un rayo, rasgando las nubes, ha clavado su puñal formidable ante su paso, sobre el camino. Enormes gotas de agua inundan la tierra y desbordan los ríos como un diluvio.... La sombra maldita se acerca al soldado y le dice frente a frente, con una voz que parece arrancada al trueno: "Ni frío ni solte mataron pero te matará el rayo. *Estás descorazonado*". El soldado se detiene, vacila y responde: "Es verdad. Estoy descorazonado. Y el diablo se aleja con una feroz carcajada.

Un Angel y un Hombre: El hombre: un Ciudadano, Un ciudadano cualquiera, de aire tranquilo y bondadoso. El Angel le dice: "Mira allá lejos, tras de esa bruma que cubre el horizonte. Son las almas vencidas de tu país que gimen de opresión y de injusticia. Su dolor las ha postrado en mortal létargo, pero viven aún, puesto que gimen. ¿Oyes su inmensa queja? Sigue

ese gran camino que está a tu frente; es el camino del Destino. Abismos, pedregales y pantanos obstruirán tu paso; sálvalos todos. No mires, a tu lado, ni flores, ni grutas, ni fuentes. No temas a las fieras que braman hambrientas. No contemples la belleza del cielo ni te arredre su cólera. Mira frente a tí y camina sin acortar tu paso. Escucha... Parece que la tierra entera sopla y gime. Vé, llega y salva a las almas sufrientes de tu país”.

\* \*

Sobre la gran ruta del Destino. Un viento glacial que atormenta la llanura y ruge con acento de infortunio, penetra su onda hasta los huesos del ciudadano que ha caminado mucho, muchos días... La injuria del viento helado le raja el rostro, las fieras hambrientas lo acosan, pero sigue sin detenerse ni ante el frío ni ante las fieras, como tampoco ante un arbusto florido, una fuente de agua clara o una mutación de las nubes. De pronto, entre la ruda maleza que borda el camino, surge una figura siniestra, fatídica, se acerca al ciudadano por la espalda y le dice al oído: “Tiemblas. *Estás descorazonado*”. —“No, —contesta el ciudadano— tiemblo de frío. No estoy descorazonado”.

\* \*

Pasan los días, pasan los meses y el ciudadano que abandonó hogar y hacienda arrostra imperturbable fatigas y peligros. Ya no rugen ni el viento ni las fieras, pero a su paso, a cada instante, sobre la gran llanura desolada, los reptiles lo amagan... Los rayos de un sol tórrido calcinan su cabeza y sus espaldas, el sudor brota por todos los poros de su cuerpo, abiertos por la fatiga y una temperatura de marmita infernal. La diabólica forma se acerca al ciudadano y le dice con voz fuerte sobre su hombro: “Antes de que llegues, habrá brotado de tu cuerpo la última gota de sudor con la última de tu sangre. *Estás descorazonado*.” —“No —replica el ciudadano— no estoy descorazonado”

\* \*

El ciudadano prosigue su ruta. Han pasado los días, los meses y los años y siente vacía la cabeza, vacías las venas. Las fieras y los reptiles han huído, pero una noche sin luna y sin estrellas, negra, lúgubre, espantosa, pesa sobre el campo con una atmósfera de plomo. El trueno estalla por intervalos casi sin discontinuar. Los árboles, cuyo follaje se estremece al más ligero soplo, cual si presintiera el cataclismo, aparecen en el resplandor azulado de los relámpagos, inmóviles como enormes estacas clavadas en la tierra. La tormenta, con furor inaudito, vomita por sus mil bocas todas las injurias, todas las maldiciones, en su lengua atroz de fuego. De tarde en tarde, el ciudadano se detiene un instante para aspirar, con menos pena, un aire espeso cargado de emanaciones o porque un rayo, rasgando las nubes, ha clavado su puñal formidable ante su paso, sobre el camino. Enormes gotas de agua inundan la tierra y desbordan los ríos como un diluvio... La sombra maldita se acerca al ciudadano y le dice frente a frente, con una voz que parece arrancada al trueno: “Ni el frío ni el sol te mataron, pero te matará el rayo. *Estás descorazonado*”. El ciudadano contesta: “¡Mientes! Yo no estoy descorazonado”. Y el Diablo, falto de corazón, cayó al suelo pesadamente con todo su cuerpo, como una roca que se desprende de la montaña....

## III

El ciudadano ha cumplido su misión. La Aurora, al aparecer en el fondo de los cielos, detiene temblorosa y perpleja su carro de luces rojas en el piélago azul.... Y un inmenso clamor de vida brota de todos los pechos, hiende los aires y lleva su eco de Libertad y de Justicia a todos los pueblos oprimidos de la tierra.

Agosto 6 de 1911.

## LA SOMBRA EN EL FANGO.

El General González Salas fué un cobarde.—

“El País.”

El General González Salas bajó al sepulcro sin honor.—“Diario del Hogar.”

Mofarse de un inválido es cobarde. Hacer gala de ingenio creando motes para designar a un hombre que tiene un defecto físico, es ruin e innoble. Pero insultar el honor de un soldado que tras un fracaso se quema los sesos sobre el campo de batalla, es simplemente estúpido. El beocio no entiende al ático. ¿No debería-se, en nombre del buen gusto, arrancar de la torpe garras de ciertos pajarracos, la pluma que mejor estuviera en su cuerpo, clavada entre carne y pellejo? Los directores de museos son más prudentes y más previsores: prohíben la entrada de los canes al santuario del arte, para impedir que, con el mismo ademán de ciertos redactores de periódicos “sin capital, pero de honradez comprobada”, alcen la pata y orinen sobre un de Vinci o un Canova. Un ministro de la guerra se desprende de los brazos de su mujer y de sus hijos, abandona su gabinete y se pone a la cabeza de sus soldados, no sólo para conquistar laureles y la banda de divisionario—lo que es digno y es legítimo— sino para cumplir con el más alto y el más noble de los deberes. Ese hombre comete o cree haber cometido un yerro, una imprevisión, y consciente de sus graves responsabilidades ante la historia, ante la nación que lo ha armado, ungiéndolo con una misión sacrosanta, se arranca de la vida en un gesto de honor y desesperación supremos: Ese hombre no es ya un hombre. El filósofo, el historiador, el poe-

ta, el simple ciudadano civilizado, se detienen, se descubren y dicen: Es un héroe.

En el mundo, en medio de las mil intrigas de hambrientos politicastro que lo asechan, lo befan y lo ultrajan con la injuria y el sarcasmo; ante la imagen de la patria enferma, desangrada y convulsa, un hombre toma una actitud guerrera y afirma que, con los suyos, los buenos, los que conquistan sus grados con la punta de su espada y no con la doble punta de una pluma venal y mercenaria, puede oponerse y vencer a los enemigos del pueblo o morir para que de la tierra, regada con su sangre fecunda, surjan héroes a su ejemplo. Esa noble actitud, cuya forma primitiva es el amor de la lucha por la idea y el desprecio más completo del bienestar y la vida—un bienestar, un confort algo más noble y mejor adquirido que el del infeliz sudatinta que con sus dos traseros sobre una silla de tule, emborriona las viles cuartillas con todo el desplante de su inconsciencia— esa actitud única, incomparable por el voluntario sacrificio total que encierra, superior a toda crítica humana, a todo antagonismo, en todos los países y en todas las lenguas, se llama: heroísmo, y sólo tiene un juez: Dios. Hay en el héroe sentimientos que no son filosóficos ni religiosos, pero que jamás serán comprendidos por un mandria-chocolatero que es mandria y es chocolatero, sí, pero no es periodista, ni partidario, ni nada, ni nada hace sino escribir, escribir más, escribir aún.... y poner encabezados. Los que por simple estética comprendemos la belleza de una actitud, nos inclinamos profundamente ante el fiero despojo de ese bravo cuyo equilibrio fué tan perfecto que llevó el esfuerzo de su voluntad hasta el sacrificio de su propia existencia en aras de su honor y llegó al punto extremo del más alto individualismo.

Dejemos a los otros en su cloaca. El tacón de la bota que hoy calza la pierna yerta del general González Salas, es, postrado, infinitamente más alto que el casco de ese coco que lleva sobre sus hombros el estulto escri-

torcillo que pretendió mancharlo con su baba. Hay esplendores, como el del sol, que deslumbran hasta a los topos, pero el topo vive muy alto en relación con ciertas gentes. Ni el heroísmo puede ser vulgar, ni la vulgaridad heroica. Virilidades como la del general González Salas, que no se conforman con su yerro, ni lo disculpan sino con la muerte, activan y avivan la flama generosa de los pueblos y llevan muy alto, en el seno de la humanidad, el estandarte de las virtudes cívicas. Nuestro anhelo de Ideal pide campeones, y los crea constantemente, de ambos lados, en la terrible lucha de los videntes con los ciegos. Madero en Ciudad Juárez, descubriendo su pecho ante el alma fatricida de Orozco, reprodujo el gesto magnífico de Charette; la resistencia obstinada de los Serdán, la brava insolencia del "juan" Gregorio Sánchez que con la mejilla atravesada y el brazo roto, al intimársele la rendición, en un gesto de formidable cólera, arroja a la faz del enemigo "la ch..." de la gran injuria mexicana, ennobleciéndola con una bocanada de sangre, es épica. Tras de Charette el "chuan" y Gregorio el "juan," otros irán a poblar, en otro mundo, la región de los escogidos. Los hombres cuya grandeza de alma los pone fuera y por encima de su miserable carcasa humana y que no pudiendo conformarse con el cumplimiento de oscuros deberes, con la simplicidad de una vida de caridades y el ejercicio de las más grandes virtudes privadas, fortifican su carácter trabajando con honor en el seno de las persecuciones de toda índole, entre multitudes aún ignaras; los que durante un período de su vida se exponen al peligro de perderla en cada ocasión y realizan proezas de batallador ateniense para acabar en el presidio o con un plomo en los sesos entre el chifferío y el tumulto de un pueblo que pronto olvida; los que se arrancan de un golpe a la infame gritería de la calumnia y el sarcasmo diariamente estampados con letras de molde en papeles de errado destino, por el atroz consorcio de buena pluma y mala idea, para elevarse a las altas

regiones de los INDISCUTIBLES; esos que dan su vida por una flor, con la vista fija en algo cuyo sólo nombre eriza los cabellos de los cobardes; esos que han ido, esos que van, esos que seguirán yendo a la muerte, son los elegidos que ignoran que los demás están hechos de otra esencia y otra materia que ellos y restablecen el equilibrio con las perfectas compensaciones del universo. Rehusan recibir, como Sócrates, los honores del pritaneo. En el "Viaje en el Mar", de Beaumont, Julietta dice al capitán de su compañía: "Esclavos: tengo el poder de haceros colgar". Y el capitán replica audazmente: "Es posible, pero nosotros tendremos el poder de despreciaros". Allá, en lo alto, el general-ministro no sonríe de desprecio.... Y su sombra austera se proyecta sobre el fango....

